
PRIMER SERMON.

El hombre en su creacion y en su caida.

*Faciamus hominem ad imaginem
et similitudinem nostram.*

(Gen. I, 26.)

DE nuevo, Señores, nos llama la Religion á este santo templo: de nuevo la piedad cristiana, desplegando todas sus magnificencias, nos convida á contemplar esa Hostia veneranda. ¿Quién es? Escuchad la palabra de la fe: solo ella, elevándose hasta el seno de la verdad eterna, y recibiendo humilde la ciencia de sus misterios, sabe respondernos. Es el Verbo eterno, que se hizo hombre para ser el hermano, el maestro y el amigo del hombre, y que al volver al cielo, de donde descendiera, halló en su sabiduría el secreto de estar á la vez á la diestra de su Padre siendo la gloria de los bienaventurados, y en la tierra para ser la esperanza, la fortaleza y el sosten de los que caminan á la bienaventuranza. Es Jesucristo, que dijo á los Apóstoles y repite cada momento desde ese altar santo: «Hé aquí que estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo (1). Si os fatiga el

(1) Matth. XXVIII, 20.

trabajo y os oprime la tribulacion, venid á mí y yo os aliviare (1). Si temeis extraviaros, venid á mí: yo soy el camino, la verdad y la vida (2). Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de vida eterna (3). Si sois débiles, venid á mí; yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: tomad y comed, este es mi cuerpo (4): el que me come vivirá por mí, vivirá de mi misma vida, vivirá eternamente (5).»

Al eco de esta palabra responde la Iglesia dirigiéndose á nosotros con el Salmista Rey: Venid, adorémosle, y ante él doblemos la rodilla, porque es nuestro Dios, y nosotros somos su pueblo (6). Vosotros, hermanos míos, respondiendo á esta invitacion, acudís presurosos y llenais las naves de este templo, humillando vuestra frente ante el trono de Dios, y levantando vuestro corazon hácia el tabernáculo del amor. Vuestra adoracion es el testimonio de vuestra fe, la expresion de vuestra esperanza, y la prueba de vuestra caridad. Pero no basta la adoracion. ¿No oís la voz del Padre que resuena sobre el Tabor de esa nueva transfiguracion? Nos dice lo que á los Apóstoles en el monte: «Este es mi hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias: escuchadle (7). Escuchad su palabra, meditad su doctrina, practicad lo que os enseña.

Yo vengo, amados míos, á hablaros de esa doctrina celestial. Esta es la mision del Orador sagrado, ministro

- (1) Matth. XI, 28.
 (2) Joann. XIV, 6.
 (3) Id. VIII, 12.
 (4) Matth. XXVI, 26.
 (5) Joann. VI, 51, 58, 59.
 (6) Psalm. XCIV, 6.
 (7) Matth. XVII, 5.

de Jesucristo. Hubo un tiempo feliz en que al hacerlo el representante de Cristo, constituido en medio de una sociedad sinceramente católica, no encontraba el error y la corrupcion sino en algunos miembros de ella. Ese tiempo pasó, merced á los esfuerzos de una filosofía, aborto á la vez y madre de la impiedad, que ha trasmitido su veneno del individuo á la familia, y de esta á la sociedad, y nos hallamos en dias tristes que preludian los que anunciara el mismo Jesucristo. «¿Creeis que viniendo el Hijo del hombre á la tierra, encontrará en ella la fe? (1) El hombre no comprendió su grandeza y su verdadero honor, se ha degradado en sus ideas y en sus deseos, comparándose á los irracionales, y se ha hecho semejante á ellos (2); y mirando Dios al mundo para ver si hay alguno recto en sus ideas y santo en sus acciones, lo encuentra apenas (3), porque hé aquí, dice el Señor, que dos males ha hecho mi pueblo: me ha dejado á mí, que soy la fuente de aguas vivas, y ha cavado para sí cisternas abiertas y disipadas, que no pueden contener las aguas (4). Por ello el orador católico, en el desempeño de su ministerio, se ve en la necesidad de desterrar con luz divina las tinieblas del entendimiento obcecado, de penetrar en los senos del corazon corrompido, y de guiar por fin al hombre y á la sociedad al sacrificio que pide la verdad y exige la virtud.

Mision sublime, Señores, mision consoladora, pero imponente por su misma grandeza y sublimidad. ¿Quién podrá llenarla cumplidamente? Yo vine hace dos años á ensayar mis débiles fuerzas en esta grande obra,

- (1) Luc. XVIII, 8.
 (2) Psalm. XLVIII, 13.
 (3) Id. XIII, 1.
 (4) Jerem. II, 13.

y vosotros acogisteis benévolos mis palabras, que hallaron eco en muchos corazones. Bendigo á Dios por ello, y os doy gracias á vosotros. Esto me anima á continuarla, al ser llamado para ocupar otra vez la cátedra santa durante estas solemnes funciones, y me anima no menos la idea, confirmada por aquel resultado, de que hablo á un pueblo en quien el error, si bien ha hecho prosélitos, no ha echado tan hondas raíces como en otras partes, á un pueblo cuya inmensa mayoría conserva pura su fe, viva su piedad. Ahora, como entonces, os hablaré de Jesucristo y de su doctrina influyendo sobre el individuo y sobre la sociedad, para elevar á uno y otra á la grandeza que en sus designios se propuso el Creador. Para proceder con orden, consideremos en este primer discurso al hombre en su creacion y en su caída.

1.

Todo sér inteligente se propone un fin en sus acciones, y cuanto más se desenvuelve la inteligencia en el seno de la verdad y del bien, tanto es más noble el fin que se propone. Dios, pues, inteligencia infinita, infinitamente desenvuelta en el seno de la verdad y del bien, que es él mismo, no puede menos de proponerse un fin infinitamente digno de él. Ese fin no puede ser sino Dios mismo: solo en la Divinidad y en la manifestacion de sus atributos, se encuentra ese término de su accion. Todo lo ha hecho Dios por sí mismo y para sí mismo, exclama el Sábio (1), porque él es el principio y el

(1) Prov. XVI, 4.

fin (1). Todas sus obras son grandes, canta David (2), y en ellas nos ofrece la ostentacion de su Omnipotencia, sacándolas de la nada con el imperio de su palabra (3); el reflejo de su sabiduría, que las ordena en número, peso y medida (4); la idea de su bondad y de su belleza, que en todas brilla; el testimonio de su amorosa providencia, que las conserva; y la magnificencia de su gloria, que cantan los cielos (5), y repiten los mares, y se reproduce en el eco de los abismos (6).

Cuando llegó el momento de realizar sus eternos pensamientos, haciendo brotar en el seno de la nada lo que llamamos *la creacion*, habló Dios por su Verbo, que es su palabra substancial, y al punto la creacion con toda su belleza, con toda su magnificencia, se presenta á la vista del Creador. A cada orden de cosas que aparece ante él, exclama el Señor: «esto es bueno (7),» y cuando se ha completado la obra; cuando los mundos con todas sus armonías giran en la inmensidad del espacio; cuando rebosando brillo y grandeza los astros, y las plantas y todos los seres están en presencia del que los ha criado, se aplaude, se felicita á sí mismo, diciendo: Todo, todo es muy bueno: *Vidit Deus cuncta que fecerat, et erant valde bona* (8).

Pero ¿ha criado Dios todas estas cosas para contemplarlas él solo, y gozarse en ellas en el silencio y en el reposo de su eternidad? No, Señores: Dios no las nece-

- (1) Apoc. I, 8.
- (2) Psalm. CX, 2.
- (3) Id. CXLVIII, 6.
- (4) Sap. XI, 21.
- (5) Psalm. XVIII, 1.
- (6) Habac. III, 10.
- (7) Gen. I, 10.
- (8) Id. id., 31.